

LATÍN II

POESÍA ELEGÍACA

Se podría decir que la elegía es una variante de la poesía lírica que trata los sentimientos del autor, aunque estos suelen ser más tristes y estos temas se prefieren antes que el amor y la felicidad. Aún así, hay que entender la elegía romana como **un género independiente de la lírica**, en cuanto a autores, formas y temática.

Se caracteriza por el tipo de metro que presenta, el **dístico elegíaco**, resultante de la unión de un **hexámetro dactílico** y un **pentámetro**; es decir, que nos encontramos ante un género que utiliza un tipo de **estrofa** determinado:

' uu / ' uu / ' uu / ' uu / ' uu / ' u
' uu / ' uu / ' || ' uu / ' uu / ' u

La elegía está íntimamente ligada al amor, pero a un amor real, de verdad, que el propio poeta conoce, disfruta y sufre.

Se desarrolló en Roma en el **s. I d. C.**, siguiendo el modelo griego, como vehículo de expresión más acertado del sentimiento amoroso. Es en tiempos relativamente modernos (siglo XVI) cuando el término *elegía* ha pasado a designar poemas de lamento y tristeza. No obstante, su etimología deja bien claro el origen de estas composiciones, pues procede del griego ἐλγεῖν; es decir, algo así como *entonar cantos de lamento*.

Por tanto, podríamos definir la *elegía* (en Roma) como toda aquella **composición poética de mediana extensión que se sirve del dístico elegíaco para tratar sentimientos en primera persona, ya sean amorosos, patrióticos, fúnebres o de exilio**.

En lo referente a sus características temáticas, podemos establecer dos rasgos comunes en todos los autores:

1. Desde su punto de vista personal acerca del tema, el poeta trata de informar o incitar a la compasión.
2. El lamento juega un papel importante en la concepción del género, pero sin llegar a dominar.

A partir de los pocos versos conservados de Galo, podemos marcar algunas de las características esenciales de la elegía amorosa de época augústea:

1. Los poetas (salvo Tibulo) suelen considerar sus versos *nugae* o *lusus*.
2. Escribieron libros enteros de elegías
3. Hay tres tipos de mujer en la elegía:
 - La mujer casada, que puede disfrutar de relaciones extramatrimoniales o ser fiel a su marido.
 - La mujer soltera o divorciada, que disfruta de largas relaciones amorosas.

- La *meretrix* con la que los hombres tienen encuentros esporádicos.

4. Presencia del amor homosexual, aunque en menor medida que en la poesía helenística.
5. Uso de la persuasión como vía para conquistar a una mujer.
6. Actitud política de los poetas.
7. Los poetas pertenecen, la mayoría, a clases acomodadas.

Encontramos, por otro lado, una serie de tópicos esenciales para la caracterización del género:

1. Idea del *servitium amoris*: el poeta se entrega absolutamente a su *domina*, su amada, a la cual dedica sus poemas.
2. La amada muestra desprecio o infidelidad al poeta.
3. El *paraklausithyron* o lamento del amante frente a la puerta de su amada.
4. El amor entendido como lucha o *militia amoris*.
5. Reproches contra el dinero y el amor venal.
6. Interés por la narración mítica con tintes eruditos.
7. *Recusatio* de la épica y la tragedia.

Los **poetas elegíacos** latinos más relevantes pertenecen a **época clásica**, motivo por el cual nos vamos a centrar en esta etapa de la historia de la literatura latina.

1. CORNELIO GALO

Caius Cornelius Galus vivió entre los años 69 y 26 a. C. Era natural de Forum Iulii (Fréjus) y marchó pronto a Roma, donde consiguió el rango ecuestre. Fue militar y poeta. Entre sus amistades se encontraban Augusto y Virgilio. Luchó junto a Octaviano, el cual le nombró prefecto de Egipto en el año 30 a. C. Parece que hubo algún episodio oscuro en su vida, pues terminó suicidándose.

Escribió cuatro libros de elegías amorosas dedicadas a **Lícoris**, pero de todo ello nos ha llegado muy poco.

2. TIBULO

Albius Tibullus, poeta que vivió entre los años 55 y 19 a. C., aproximadamente, perteneció, al igual que Galo, al orden ecuestre. Era amigo de Horacio y Ovidio y del círculo de Mesala, protector de la literatura y de los poetas que vivió entre los años 64 a. C. y 8 d. C. Escribió **dos libros** de elegías. El primero contiene elegías amorosas, cinco sobre su amor por **Delia** y tres dedicadas a un chico, **Marato**. El segundo sólo tiene seis poemas, dedicados a su amor **Némesis**. El poema que abre el libro es una dramatización de las *Ambarvalia* (procesión en torno a los campos para su purificación) y es digno de mención. Sus temas favoritos son el amor romántico y, sobre todo, los placeres de la vida en el campo.

Es un poco enfermizo a la par que irónico y melancólico. No debía gozar de buena salud y eso se refleja en su obra. Crea para sí un mundo irreal, en el que vive, para huir de la realidad de su vida.

Los temas que trata son variadísimos y a modo de diatribas contra la guerra, la muerte, la enfermedad, etc. Dan una imagen un tanto inconexa, aunque sus versos son de gran perfección.

Horacio dijo de él que era un poeta *tersus atque elegans*, es decir, “refinado y exquisito”.

3. PROPERCIO

Sextus Propertius vivió entre los años 50 y 16 a. C. Nació en Asisium (Asís). Por las confiscaciones de Octaviano en los años 41 y 40 perdió sus bienes. Se educó en Roma con idea de dedicarse a la oratoria, pero pronto sintió su verdadera vocación y se dedicó a la poesía.

En su obra, cuatro libros de **Elegías**, deja ver que pertenecía al Círculo de Mecenas y Ovidio entre otros. Su primer libro, que recibe el nombre de **Cynthia monobiblos (El volumen único, Cintia)**, es una serie de poemas de amor, elegantes e ingeniosos, dedicados a **Cintia**, su amante. El libro II es muy extenso y de tema y estilo similar, aunque quizá no tiene tanta frescura. Se incluyen en este libro algunos poemas dedicados a la exaltación de Roma. En los demás sigue apreciando el amor, pero acompañado de composiciones sobre la vida cotidiana, celebraciones, discusiones, crítica literaria, etc.

4. OVIDIO

Ya hemos hablado de este poeta en lo referente a su creación épica (**Metamorfosis**) y ahora es el momento de analizar su producción elegíaca. El conjunto de estos poemas suele dividirse atendiendo al momento de su destierro en Tomis; es decir, antes y después de éste. Recordemos que, por algún asunto no muy claro, conocido como *Carmen et error* fue desterrado en el año 8 d. C. El *Carmen* hacía referencia a la publicación de **Ars Amatoria**, que no fue del agrado de Augusto, y el *error* a que se vio envuelto en un asunto de adulterio con la nieta de Augusto.

Cuando todavía estaba en Roma escribió **Amores**, tres libros de elegías dirigidos a su amada **Corina**: son cincuenta poemas de amor que constituyen un verdadero estudio sobre el tema, centrado en una sociedad, como la romana, que se afanaba en la búsqueda del placer. Por otro lado, ofrecen una visión completa e interesante de la vida diaria de su época.

Heroidum Epistulae (Heroidas) son cartas de amor de heroínas de la mitología a sus maridos o amantes. Se nos presenta como un buen conocedor del alma femenina y se muestra orgulloso de haber introducido en la literatura el género epistolar en verso. Son extraordinarios los retratos que hace de las distintas heroínas en las más variadas situaciones: abandonadas, traicionadas, olvidadas, desesperadas, etc.

Su **Ars Amatoria (Arte de Amar)** es un poema didáctico en el que habla del arte de la seducción, algo muy del agrado de la sociedad en la que vivía, donde el amor era contemplado como un juego. Los dos primeros libros son instrucciones destinadas a los hombres, y el tercero está dedicado a las mujeres, pues da normas de cómo actuar para atraer la atención de un hombre.

Parece que Augusto lo consideró de mal gusto y muy atrevido y, como hemos visto, le pudo valer el destierro. Para compensar esto, Ovidio escribió ***Remedia Amoris (Remedios para el amor)***, un extenso poema, de 800 versos en un solo libro, en el que ofrece trucos y soluciones para sobreponerse a un desengaño amoroso o a un mal de amores. Dentro de esta “elegía-didáctica” encontramos también el poema ***Medicamina faciei feminae (Cosméticos para el rostro femenino)***, del que sólo conservamos cerca de 100 versos, y en el que daba “recetas” de cosméticos.

Cuando lo desterraron, se encontraba escribiendo ***Fasti (Fastos)***, poema que dejó inacabado. Es un calendario poético del año romano en el que se recogen sus fiestas y tradiciones. Sólo conservamos seis libros, de enero a junio. En él está registrado cada día el nacimiento y el ocaso de las constelaciones, y pasa revista a varios mitos y leyendas, como el de Proserpina.

Ya en Tomis, desterrado, escribió ***Tristia (Tristes)***. Se trata de cinco libros de elegías, la mayoría en forma de carta, dedicadas a su mujer y sus amigos. En el libro I cuenta los inicios de su destierro, centrándose en su viaje y en el tiempo que tuvo hasta llegar a su destino (Tomis está en las estribaciones del Mar Muerto). En realidad el verdadero destinatario es Augusto, pues intenta que cambie de opinión y le permita volver a Roma. Tiene una fuerza especial el pasaje en el que describe su última noche en Roma antes de partir. En el libro II, a veces en tono satírico, hace una defensa de la poesía. En los libros III, IV y V cuenta su vida en Tomis, así como todo lo relativo a este lugar que a él le resultó triste e inhóspito. Deja claro a lo largo de estos poemas que es objeto de una injusticia por parte de un tirano. El libro IV ha sido una fuente inagotable de información sobre nuestro autor, pues tiene un poema que es su propia autobiografía.

En ***Epistulae ex Ponto (Cartas desde el Ponto)*** describe, en cuatro libros, las penalidades que vivió en su exilio en los últimos años.

Ovidio tenía mucho talento para manejar el lenguaje, para versificar y para tratar temas tradicionales con un tinte propio y novedoso. No se puede decir lo mismo de su repertorio de temas, que es más bien monótono: amor, destierro y transformaciones.

TEXTOS

TIBULO, ELEGÍAS II, 1

En esta elegía se trata una festividad campesina, los *Ambarualia*, en la que la víctima recorría el perímetro entero del terreno, de donde procede su nombre. La finalidad era la purificación del terreno, a fin de que los dioses fueran propicios y hubiera, en consecuencia, buenas cosechas y abundante ganado. Estaban consagrados preferentemente a Ceres, para implorar

“Que todo el que esté presente guarde silencio: purificamos las mieses y los campos tal como muestra el rito transmitido por nuestros antiguos antepasados. Ven, Baco, y que la dulce uva de tus cuernos cuelgue, y tú, Ceres, cíñete las sienes con espigas.

Que en día sacro descanse la tierra y descanse el labrador y, colgado el arado, cese la dura tarea. Soltad las cadenas del yugo: ahora los bueyes deben estar en pesebres llenos, con la cabeza coronada. Que todas las cosas sean consagradas al dios: que ninguna se atreva a colocar la mano que hila en los ovillos.

A vosotros también os ordeno alejaros, que se aparte de los altares aquél a quien Venus anoche llevó placeres. Las cosas castas agradan a los dioses: venid con un vestido puro y con manos puras tomad el agua de la fuente. Mirad como va el sagrado cordero a los relucientes altares y detrás la muchedumbre resplandeciente con sus cabelleras ceñidas

Dioses paternos, purificamos los campos, purificamos a los campesinos: vosotros alejad las cosas malas de nuestros lindes, que ni el campo oculte la mies con falaces hierbas, ni la oveja más perezosa tema a los feroces lobos.

Entonces, resplandeciente el agricultor, satisfecho por sus campos repletos, arrojará grandes leños al ardiente fuego, y una multitud de esclavos nacidos en casa, buena señal de un próspero amo, jugará, y delante, construirá casas de las ramas. Pregunto por lo que habrá de suceder: ¿ves cómo en las entrañas propicias la víscera agorera indica complacidos a los dioses?

Ahora servidme humeantes Falernos de viejos cónsules y quitadle los precintos a un cántaro de Quíos. Que los vinos celebren el día: no es vergonzoso emborracharse en día festivo, ni llevar errantes los pies en falso.

Pero que cada uno diga “bien, Mesala”, junto a su copa y que las palabras de cada uno suenen con el nombre del ausente. Mesala, célebre por tus triunfos sobre las gentes de Aquitania y victorioso para la gran gloria de tus rudos antepasados, ven aquí e inspírame, mientras con mi canto se dan gracias a los dioses agrícolas.

Canto a los campos y a los dioses campesinos. Durante su magisterio, la vida perdió la costumbre de ahuyentar el hambre con la encina bellotera; ellos enseñaron, por vez primera,



Tibulo y Delia

construyendo vigas, a recubrir una exigua casa con verde follaje; también se dice que ellos fueron los primeros en enseñar a los toros su faena y a colocar ruedas bajo el carro.

Entonces dejaron a un lado los alimentos silvestres, entonces se plantaron frutales, entonces el fértil huerto bebió refrescantes aguas, entonces la dorada uva ofreció sus licores, exprimidos con los pies, y fue mezclada la sobria agua con el tranquilo vino.

Los campos ofrecen mieses cuando el calor del cálido astro deja caer en la tierra, cada año, su rubia cabellera. En el campo, en primavera, la liviana abeja deposita flores en su vientre, para llenar, cuidadosamente, los panales con dulce miel. El labrador, cansado por el constante arado, por vez primera cantó rústicas palabras con cierto ritmo y satisfecho, por vez primera, moduló con una flauta seca una melodía, para tocarla ante los adornados dioses; y el agricultor, cubierto de un rojo brillante, oh Baco, él, el primero, dirigió los coros con inexperto arte. A éste le fue dado, de un establo lleno, regalo memorable, un macho cabrío, guía del rebaño: el macho cabrío había guiado a las ovejas.

En el campo, un niño hizo una corona de flores primaverales y la colocó ante sus antiguos Lares. También en el campo, para probar a las tiernas muchachas, una lustrosa oveja lleva en su lomo un suave vellón. De aquí viene el trabajo de las mujeres, de aquí el peso de la lana y la rueca, y el huso hace girar la labor, ayudado por el pulgar, y frecuentemente, alguna tejedora, consagrada a Minerva, canta, y la tela resuena al golpear la barra.

Se dice también que el mismo Cupido nació en el campo, entre rebaños e indómitas yeguas. Allí se ejerció por vez primera en el arco que no conocía: ¡ay de mí, qué diestras ahora tiene aquí sus manos! Y no ataca a los animales, como antes: salta de alegría por haber herido a muchachas y por haber dominado a audaces hombres. Éste al joven le arrebató sus bienes, éste obligó a un anciano a decir vergonzosas palabras ante el umbral de una que se iba a enfadar; Siendo este su guía, burlando furtivamente a sus dormidos guardianes, una muchacha llega sola, en la oscuridad, junto a su amado, y, conteniendo el miedo, tantea con los pies el camino, y su mano explora, antes, las oscuras vías.

¡Ay, desgraciados a quienes este dios urge pesadamente, pero feliz aquél para quien el plácido Amor, sopla suavemente!

Ven, Sagrado, a los banquetes festivos, pero abandona tus flechas y esconde lejos de aquí tus ardientes teas, te lo ruego.

Vosotros cantad al célebre dios y rogad por el ganado a viva voz: que cada uno pida abiertamente por su ganado y, a escondidas, por sí mismo, o también pida para sí abiertamente: pues la multitud jocosa y la curva flauta de sonido frigio resuenan.

Divertíos: la Noche ya unce sus caballos, y, con lascivo coro, las estrellas siguen el carro de su madre, y detrás viene el Sueño, callado, rodeado por sus negras alas, y también los negros Sueños, con incierto pie.”

PROPERCIO, ELEGÍAS IV, 6

A Apolo, Protector de Accio. Este poema, colocado en el centro del cuarto libro de las elegías, es uno de los más épicos creados por la Musa de Propertio. En el templo de Apolo Palatino, divinidad alrededor de la cual Augusto edifica su obra y encamina a Roma hacia el encuentro de nuevos tiempos, Propertio ofrenda su verso. Para glorificar la misión celeste de Octavio Augusto, le sirve de marco la victoria naval de Accio contra Antonio y Cleopatra en 31 a. C., y luego, una oda a la paz (v. 69 hasta el final). Se supone que el poeta compuso la elegía para la

celebración de los *Ludi Quinquenales* del año 16 a. C., unos juegos que conmemoraban el triunfo en Accio.

“El poeta hace un sacrificio: que sean favorables las bocas del sacrificio y caiga ante mis altares la ternera herida. Que la cera romana rivalice con la hiedra Filetea, y que mi urna vierta aguas de Cirene.

Dadme el suave costo y los honores de halagador incienso, y tres veces vaya alrededor del fuego el ovillo de lana.

Derramad sobre mí aguas claras, y que sobre los nuevos altares mi flauta de marfil agrade con su canto en vasos Migdoneos.

Idos lejos, fraudes, que sean otros aires para el daño: el puro laurel le facilita el camino al poeta.

Musa, volveremos al tempo de Apolo Palatino: este asunto es digno de tu favor, Calíope. Se llevan poemas en honor de César: mientras César es cantado, te ruego, Júpiter, que estés libre.



Propertio y Cintia

Hay un puerto escondido junto a las costas de Atamania, donde la ensenada del mar de Jonia esconde los murmullos, el mar de Accio es un recuerdo de la nave del descendiente de Julio, camino no peligroso por las plegarias de los navegantes. Allí se encontraron las fuerzas del mundo: sobre las aguas se erigieron las moles de pino, pero los augurios no favorecían por igual a las naves.

Otro escuadrón estaba dañado por el Troyano Quirino, y sus armas estaban torpemente ceñidas por la mano de una mujer: de aquí la augusta nave, con las velas desplegadas, bajo el signo de Júpiter, y los estandartes ya sabios

en vencer por su patria. Finalmente, Nereo había distribuido el ejército en dos arcos gemelos en forma de media luna y el agua se agitaba sorprendida por los rayos de las armas, cuando Febo, abandonando Delos, que se mantenía porque él era su defensor, pues móviles olas trajeron los airados vientos del sur, se irguió sobre la nave de Augusto, y resplandeció una nueva llama tres veces doblada en sesgada luz. Aquel no había traído sus cabellos sueltos sobre su cuello, ni el inofensivo canto de su lira de caparazón de tortuga, sino el rostro con el que miró a Agamenón el Pelópida, y arrojó a los campamentos dorios hacia

voraces piras, o con el que deshizo a Pitón, que serpenteaba a través de sus flexibles anillos, al que temieron las pacíficas diosas.

Después habló: <<Oh, descendiente de Alba Longa, salvador del mundo, Augusto, reconocido como mayor que tu antepasado Héctor, vence por mar: ya es tuya la tierra: por ti pelea mi arco y te favorece toda esta carga de mis hombros. Salva del miedo a tu patria, la cual ahora confiada en ti, su protector, colocó sobre la proa de tu nave, los votos del pueblo. A esta, si no la defiendes, Rómulo, augur de sus murallas, no habría visto bien el vuelo de las aves Palatinas. Y demasiado se atreven estando cerca con sus remos: es vergonzoso para los latinos que, siendo tú su general, las olas del mar soporten velas reales. Y no tengas miedo porque su escuadrón rema con cien tropas: aquella surca un mar forzado: las proas, de amenazantes piedras, llevan cada una Centauros, verías que son maderas huecas y temores pintados. La causa abate o levanta las fuerzas en un soldado; si ésta no es justa, la vergüenza hace caer las armas. Llega el momento, lanza tus naves: yo, autor de este momento, guiaré las naves de Julio con mi mano de laurel.>>

Así habló, y consume la carga de la aljaba en su arco: la lanza de César estuvo próxima detrás del arco. Vence Roma con la promesa de Febo: la mujer sufre el castigo: el cetro roto es llevado a través de las aguas Jónicas. Y el padre César se maravillaba desde el astro Idalio: << soy un dios; y esta es la fidelidad de mi estirpe.>>

Tritón le sigue con su canto, y todas las diosas marinas aplaudieron cerca de los estandartes de la libertad. Aquella trata de alcanzar el Nilo apoyándose de malas maneras en una fugaz barca para no morir en el día indicado. ¡Los dioses dispusieron mejor! ¿Qué triunfo sería una mujer sola conducida por aquellas vías por donde en otro tiempo fue llevado Yugurta? De ahí que Febo el de Accio trajera aquí sus monumentos, porque una sola de sus flechas venció diez navíos.

He cantado bastantes guerras: Apolo vencedor ya pide su cítara y se olvida de las armas por plácidos coros. Que ahora entren en mi agradable bosque los convidados vestidos de blanco; y que, como caricias, las rosas fluyan por mi cuello, y que el vino exprimido se derrame en los lagares de Falerno, y que la espiga de Cilicia (= Azafrán) limpie mis cabellos.

Que, una vez sentados los poetas, la Musa excite su ingenio: Baco, sueles ser fecundo para tu Febo. Que aquél recuerde el servir a los Sicambros de los pantanos, que este cante a Méroe, la de Cefeo, y a los reinos de los morenos, que otro se refiera a los Partos, dados a conocer con un pacto tardío: <<que devuelva los estandartes de Remo, pronto él mismo entregará los suyos o si Augusto se preocupa algo de los arqueros de Eois, que reparta estos trofeos entre sus hijos. Alégrate, Craso, si algo sientes entre las negras arenas: es lícito ir a través del Eúfrates hasta tu sepultura.>>

Así pasará la noche con páteras, así la pasará con poemas, hasta que en mi copa de vino se posen los rayos del día.”

OVIDIO, AMORES I, 1

Epigramma Ipsi

El epigrama introductorio, como en *Metamorfosis*, representa el prefacio del autor, en clave de humor, a la segunda edición de *Amores*, compuesta de tres libros en lugar de los cinco que abarcaba la primera edición, que no ha llegado hasta nosotros. Desgraciadamente, no se explicita si la segunda edición contiene poemas que no aparecían en la primera o si algunas elegías de la primera edición sufrieron algún tipo de revisión.

Qui modo Nasonis fuimus quinque libelli, Tres summus: hoc illi praetulit auctor opus. Ut iam nulla tibi nos sit legisse voluptas, At levior demptis poena duobus erit.

“Los que hace poco habíamos sido los cinco libros de Nasón, somos tres: el autor prefirió ésta obra a aquella. Aunque no te produjera ningún placer leernos, al menos, a falta de dos, el castigo será más leve.

Amores I, 1

Ovidio se ve obligado por Cupido a rechazar (*recusatio*) la composición de poesía épica en hexámetros y dedicarse a la poesía amorosa en dísticos elegíacos. Ovidio varía el motivo citado de la *recusatio* introduciendo a Cupido, dios del amor, en lugar de Apolo. La elegía se distribuye así:

a)1-4: intento de escribir poesía épica; b) 5-20: Apóstrofe a Cupido; c) 21-26: respuesta de Cupido; y d) 27-30: renuncia formal a la épica y aceptación de la poesía amorosa.

“Me disponía a dar al público armas y violentas guerras, en solemne ritmo adaptando el tema al metro. Igual era el verso inferior; dicen que Cupido sonrió y le arrebató un pie.

‘¿Quién, niño cruel, te dio este derecho sobre mis versos? Somos poetas, séquito de las Piérides, no tuyo. ¿Qué, si Venus le rubia Minerva, y la rubia encendidas antorchas? Ceres reine en los bosques se cultiven con la ley de la ¿Quién le ajustaría a la aguda lanza y a Marte

Tus reinos, niño, son poderosos: ¿Por qué obra novedosa? ¿Acaso es partes? ¿Acaso son tuyos ¿Incluso para Febo ya lira?”

Mientras una nueva el verso primero, el nervios. Y no tengo un



Publio Ovidio Nasón

arreatara las armas a la Minerva agitara las ¿Quién aprobaría que montañosos, y los campos doncella de la aljaba? Febo, de largos cabellos, a tocar la lira Aonia?

grandes y demasiado reclamas, ambicioso, una tuyo, lo que hay por todas el Tempe y el Helicón? apenas es suya toda su

página se levantó bien en siguiente calma mis tema apropiado a ritmos

más ligeros: un joven o una joven de larga cabellera acicalada.'

Éstas eran mis quejas, cuando aquél, al momento, cogió de su aljaba suelta flechas diseñadas para mi perdición, y, sobre su rodilla, dobló con fuerza el combado arco, y me dijo: '¡Poeta, recibe un tema para cantar!'

¡Pobre de mí! Aquel niño tenía certeras saetas: me quemó y en mi pecho vacío reina el Amor. Comience mi obra con seis pies, continúe con cinco; adiós duras guerras con vuestros metros. Cíñe tus rubias sienes con mirto de la ribera, Musa, que en once pies has de ser cantada.